

COMO CAMBIA EL MAR

Elizabeth Jane Howard


Siruela Nuevos Tiempos



Elizabeth Jane Howard

Como cambia el mar

Traducción del inglés de
Raquel G. Rojas

 **Siruela**

Nuevos Tiempos

Edición en formato digital: octubre de 2020

Título original: *The Sea Change*

En cubierta: ilustración de Guernsey/Vintage Railway travel Advertising

Diseño gráfico: Ediciones Siruela

© Elizabeth Jane Howard, 1959

© De la traducción, Raquel García Rojas

© Ediciones Siruela, S. A., 2020

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Ediciones Siruela, S. A.
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
www.siruela.com

ISBN: 978-84-18436-37-6

Conversión a formato digital: María Beloso

Índice

UNO - LONDRES

- 1 Jimmy
- 2 Lillian
- 3 Emmanuel
- 4 Alberta

DOS - LONDRES-NUEVA YORK

- 1 Lillian
- 2 Jimmy
- 3 Emmanuel
- 4 Alberta

TRES - NUEVA YORK

- 1 Emmanuel
- 2 Lillian
- 3 Alberta
- 4 Jimmy

CUATRO - NUEVA YORK-ATENAS

- 1 Alberta
- 2 Emmanuel
- 3 Jimmy
- 4 Lillian

CINCO - HIDRA

1 Emmanuel

2 Alberta

3 Lillian

4 Jimmy

SEIS - HIDRA

1 Emmanuel

2 Alberta

3 Jimmy

4 Lillian

SIETE - HIDRA

1 Jimmy

2 Lillian

3 Alberta

4 Emmanuel

OCHO - ATENAS

1 Alberta

2 Lillian

3 Jimmy

4 Emmanuel

Este libro está dedicado a la memoria de
David Liddon Howard, mi padre.

Uno - Londres

1

Jimmy

Podría haber pasado en cualquier sitio, en cualquier momento, y desde luego podría haber sido mucho peor. En París, pongamos por caso, o incluso en Nueva York, antes de un estreno; con el corazón de Lillian haciéndonos pasar a todos un mal rato, Emmanuel en pleno ataque por la primera representación y yo rebotando de un drama a otro, recogiendo los platos rotos y recomponiéndolos mal. De hecho, ocurrió en Londres, dos semanas después de haber estrenado la obra, a eso de las doce y veinte de anoche, en el cuarto de baño de la casa alquilada de Bedford Gardens. Podría haber sido en un hotel, podría haber sido en un bloque de pisos... De hecho, podría haber sido mucho peor. Mucho peor: en realidad, podría haber muerto. Ciéndonos a los hechos, sin embargo, Emmanuel llevaba días posponiendo el despedirla; creo que incluso había dejado que ella pensara que iría a Nueva York con nosotros. Siempre viajamos con una secretaria, de modo que habría sido bastante razonable que lo creyera. Ayer por la mañana, cuando le saqué el tema, intentó que lo hiciese yo; incluso salió con el chiste de que, si a él le pagaban por hacerse cargo de los problemas sentimentales de otras personas, ¿por qué tenía que afrontar además los suyos propios? Pero entonces supe que él iba a hacerlo. Lloró

mucho, pobre Gloria; es de lágrima fácil. Emmanuel estuvo muy amable con ella durante todo el día, Lillian se dejó convencer para mantenerse apartada, que era la mayor atención que ella podía tener, y yo hice lo que pude. Ella le llevó el correo a Emmanuel cuando ya íbamos a salir para tomar algo con Cromer, antes de ir a ver actuar a una chica en la que Emmanuel estaba pensando para el montaje de Nueva York. Él le ofreció una copa de jerez y bebimos todos juntos de mala gana. Entonces parecía estar bien, un poco callada y con los ojos hinchados, la pobre, pero en general me pareció que estaba muy contenida. En el taxi, Emmanuel soltó de pronto: «¡Qué pena que las mujeres no estén bonitas, como el campo, después de la lluvia!», y entendí que se sentía mal por ella. Luego Lillian le dijo: «Yo estoy maravillosa después de llorar, probablemente más que en cualquier otro momento», un comentario inteligente por su parte porque le hizo reír y es cierto.

La chica de la obra parecía apropiada, pero no lo era; Emmanuel dijo que su voz le deprimía y, por supuesto, Lillian pensaba que era perfecta, de modo que entre la discusión y la cena no volvimos hasta después de las doce. Nos pusimos una copa y Lillian empezó a hablar otra vez de aquella muchacha: es curioso que, a la gente a la que le encanta discutir, casi siempre se le da mal. Para cambiar de tema, Emmanuel se preguntó en voz alta por qué estarían todas las luces encendidas. Y lo estaban: las del salón, cuando llegamos, y las de la escalera. La mayoría de la gente se desanima o se altera de forma muy evidente cuando cae en la cuenta de algo, pero Emmanuel no: él nunca deja de fijarse en las cosas, pero solo las menciona si se aburre. Lillian exclamó: «¡Qué raro!» y subió a toda prisa diciendo no sé qué sobre ladrones. Emmanuel y yo nos sentamos, cada uno en el brazo de un sillón, y él me

miró por encima de su zumo de lima, arqueó las cejas, volvió a bajarlas con un rápido gesto y me dijo:

—Jimmy, estamos aquí sentados en las sillas de otros, bebiendo en sus vasos. Me gustaría ser al menos uno de los tres osos. Prefiero un hotel a que todo sea prestado.

—Dentro de tres semanas, estarás acomodado en el New Weston —repuse.

Emmanuel alzó el vaso.

—No veo la hora.

Tenía ojeras; cuando más quiero confortarlo, parece que siempre acentúo su desesperación. Bueno, quizá no sea desesperación, pero es algo tan mudo y persistente, y a menudo hace que parezca tan triste, que no se me ocurre otra palabra. Y entonces, cada vez que me siento así, me hace reír. En ese momento, con los ojos iluminados por una jocosidad que aquellos que no lo conocen toman por malicia, empezó a decir:

—Si hay ladrones ahí arriba, Lillian está haciendo muy buenas migas con...

Pero un grito lo interrumpió —si es que puede llamársele así—, un sonido de lo más espantoso. No sé cómo describirlo: un grito, un alarido, un lamento de terror con una estela de asombro... y luego un golpe sordo y el silencio. El rostro de Emmanuel se congeló de inmediato, con tal aire de resignación ante el desastre que pensé que no iba a poder ni moverse, pero llegó a la escalera antes que yo.

La vimos cuando subíamos corriendo: Lillian estaba tirada en el suelo, en el umbral de la puerta abierta del baño. Las luces estaban encendidas. Emmanuel se arrodilló junto a ella.

—Se ha desmayado. Mira en la bañera.

Aunque no hizo falta que me lo dijese. En la bañera estaba Gloria Williams. Había dejado los zapatos al lado, bien colocados, como cuando uno los deja al pie de la cama al acostarse, pero aún llevaba ese horrible jersey malva y la falda negra ajustada y parecía la sobrecubierta de una novela policiaca. Por un momento, pensé que estaba muerta.

—No está muerta, ¿verdad? —dijo Emmanuel.

Más que preguntar casi afirmaba y ni siquiera alzó la vista. Entonces me di cuenta de que la respiración áspera y quejumbrosa que se oía no era la de Lillian, sino la de Gloria.

—No.

Le tomé el pulso sin demasiada maña. El latido era vacilante e irregular. En la bañera no había agua.

—Ayúdame a llevar a Lillian a su cama y llama a un médico.

Así lo hicimos. Emmanuel empapó un pañuelo con un líquido de una botella del tocador y se lo puso a Lillian en la frente mientras yo hablaba con la mujer del doctor. Cuando terminé, el aire apestaba a agua de Colonia y Emmanuel no estaba.

Estaba en el cuarto de baño, arrodillado junto a la bañera, echándole agua fría a Gloria en la cara y dándole palmaditas en las manos, pero no parecía que sirviese de mucho.

—Fenobarbital —dijo— y Dios sabe cuánto jerez. ¡Jerez! —repitió luego entre perplejo e indignado—. ¿Viene el médico?

—En cinco minutos. Le he contado a su mujer lo de la respiración mientras él se vestía. Suerte que conocemos a uno bueno.

—Siempre conocemos a un buen médico.

—¿Cuánto ha tomado?

—El bote está vacío, pero no sé lo que quedaría. Vamos a llevarla a la cama del vestidor.

Era mucho más pequeña que Lillian, pero pesaba más de lo que me esperaba, y su forma de respirar estaba empezando a asustarme.

—Deberíamos incorporarla —aseguró Emmanuel.

Y lo hicimos, pero la cabeza se le cayó hacia un lado y oí cómo le chascaba el cuello.

—¿Café? —propuse vacilante—. En fin, ¿no se trata de despertarla?

—Se trata de que eche las pastillas, y a ver cómo haces eso. ¿Cómo haces vomitar a alguien que está inconsciente?

—No está del todo inconsciente, mira.

Gloria había entreabierto los ojos, pero solo se le veía lo blanco y tenía peor aspecto que antes. Parpadeó con dificultad y volvió a cerrarlos. Emmanuel exclamó: «¡Lillian!», como si solo de pensar en ella se sintiera culpable, y desapareció.

Intenté que Gloria apoyase mejor la cabeza, pero se le seguía cayendo. Avergonzado e inútil, le aparté el pelo fino y seco de la frente y me pregunté por qué demonios había tenido que llegar a esos extremos, ¿porque estaba enamorada de Emmanuel?, ¿por desesperación?, ¿por rencor?, ¿solo para fastidiar?, ¿o por seis meses decisivos junto a uno de nuestros dramaturgos más destacados? Estaba pensando en lo espantoso que era no ser capaz de compadecerme más de ella cuando sonó el timbre y oí bajar a Emmanuel. Había llegado el médico y, de inmediato, empezó a darme pena: pobre Gloria, tenía un color horrible y el maquillaje no lo disimulaba nada...

El doctor parecía cansado, pero inspiraba confianza. Emmanuel entró tras él en la habitación y me dijo:

—Quédate pendiente de Lillian, Jimmy. Está bastante confusa.

La encontré tumbada en la cama con los ojos cerrados. Tenía el cutis —como lo tiene siempre— de una palidez que en otra época podría haberse descrito como «sobrecogedora». Emmanuel le había echado por encima su abrigo de visón, lo cual en cierto modo la hacía parecer aún más abatida y frágil porque, aunque es alta, está extremadamente delgada. Tiene el pelo rubio ceniza, como seda tornasolada, y no se parece en absoluto a la pobre Gloria. Dormida, tenía un aspecto dulce y delicado, pero no estaba dormida: abrió los ojos con la suavidad de un mecanismo bien engrasado y casi me sonrió.

—Anda, Jimmy, sé bueno y enciéndeme un cigarrillo.

Su bolso estaba en la banqueta del tocador y, por el espejo triple, vi que me miraba. Tiene una de esas caras que son todo ojos y boca, con la piel blanca, muy atractiva de lejos.

—Ha venido el médico —anuncié.

Le di un cigarrillo y encendí una cerilla; las enormes pupilas negras se le contrajeron a la luz de la llama. El agua de Colonia y el cigarrillo de hierbas eran una combinación espantosa. Se le nubló la expresión.

—¿Y por qué no entra?

—Está atendiendo a Gloria, que no se encuentra muy bien —añadí con cautela.

Lillian me agarró de una manga y sus dedos largos y finos se me clavaron en el brazo.

—¡Gloria! ¡No! ¿Está...? ¿Se ha...? Pero ¿qué diablos está haciendo Em?

—Ayudar al médico, creo. —Estaba decidido a no darme por enterado y ella lo sabía, porque no me soltaba—. Si te encuentras bien, será mejor que vaya, por si puedo hacer algo.

—Jimmy, me he llevado un susto de muerte. Apenas recuerdo nada. ¿Sabes dónde están mis pastillas para el corazón, en el cuarto de baño? Si vas a dejarme sola, creo que deberías traérmelas. No hace falta que molestes a nadie; solo tráemelas.

Fui a por ellas. En el baño vi la licorera, con una pequeña hoja de parra plateada, colgando del cuello, en la que decía «Jerez». Estaba casi vacía. En algún lugar de la casa, un reloj dio la una. Me crucé con Emmanuel en la escalera; parecía agitado y tenía mala cara.

—Ha pedido una ambulancia. ¿Cómo está Lillian?

En ese momento vio el bote que llevaba en la mano y el ya viejo mecanismo de la preocupación se puso en marcha y le ensombreció el rostro.

—Está bien. Está fumando. ¿Se llevan a Gloria al hospital? Emmanuel asintió.

—Pero el médico dice que está fuera de peligro. Saldrá de esta y se arrepentirá.

—¿Y va a ir con ella en la ambulancia?

—Antes quiere hablar con nosotros. —De pronto parecía más tajante y animado—. Tendrás que encargarte tú, Jimmy.

Le llevé a Lillian sus pastillas. Me dijo que, si alguien le subía un poco de brandi, creía que podría levantarse.

—Estás mucho mejor en la cama —repuse sinceramente—. Y deberías olvidarte del brandi hasta que te haya visto el médico.

Después me escapé al piso de abajo. En ese momento, lo que menos me veía capaz de soportar era a Lillian, la misma Lillian de siempre, solo que esta vez quizá peor porque, aunque varias de las secretarias de Emmanuel se habían enamorado de él, ninguna había hecho nada parecido. «Amo tanto a mi marido —empezaba—, que haría

lo que fuera por él. Por supuesto, él necesita otros entretenimientos. ¿Y quién soy yo, que siempre estoy enferma (etcétera, etcétera), para interponerme? Sé que no es nada serio. Lo único que de verdad le importa ahora mismo es escribir, pero todos los artistas necesitan sentirse libres, y cualquier oportunidad...». Y seguía y seguía. Disfrazar la realidad no es tarea fácil. «Él sabe que, si hay algún problema, siempre estoy a su lado», terminaba. Claro que lo sabía, más que de sobra. Demonio, aunque pensara que es una bruja, yo me estaba comportando peor con ella que ella conmigo. Lillian ha sufrido lo suyo —lo malo es que ninguno de nosotros lo olvida nunca— y su actitud contradictoria respecto a la obra de Emmanuel ha estado a punto de sacarlo de quicio más de una vez...

En la calle, las puertas de la ambulancia se cerraron de golpe y abrí antes de que llamaran al timbre. Dos hombres subieron con cuidado las escaleras, camilla en mano, y volvieron a bajarlas de igual modo con Gloria, extraordinariamente empequeñecida, tumbada sobre ella. Detrás iban Emmanuel y el médico. El médico salió con los camilleros, y Emmanuel, con expresión culpable, me preguntó dónde estaba el brandi: Lillian tendría que beber algo antes de ver al doctor. Eché un poco en un vaso y, a mi pesar, Emmanuel se lo bebió de un trago y me lo tendió de nuevo.

—Esta vez para Lillian —le dije. No soportaba la mirada triste y provocadora de sus ojos castaños.

—Esta vez para Lillian. —Cogió el vaso y se fue.

El médico volvió a entrar, cerró la puerta de la calle, corrió la cortina y se acercó a mí (la puerta da directamente al salón, lo cual siempre me ha parecido que le saca todo el provecho que se le puede sacar al sistema inglés de corrientes de aire).

—¿Le apetece beber algo?

Estaba nervioso: sabía que empezaría a hacer preguntas e intuía que algunas iban a ser bastante difíciles de contestar. Dijo que se tomaría un dedito de *whisky* y me dispuse a servírselo. Estaba a punto de preguntarle si Gloria estaba bien, o alguna tontería por el estilo, cuando se me adelantó:

—¿Es usted secretario del señor Joyce?

—Bueno, en cierto modo. Le gestiono algunas cosas: negocios, viajes... Y cuando dirige sus obras, ejerzo más o menos de adjunto.

—¿La señorita Williams es su secretaria?

—Lo era.

Le alargué el vaso y me lo agradeció con una brevísima inclinación de cabeza.

—¿A qué se refiere con que «lo era»?

—Lo ha sido durante los últimos seis meses. Dentro de un par de semanas nos marchamos a Nueva York y el señor Joyce había decidido no llevarla con nosotros. —Me noté una especie de dilación nerviosa en la voz; aquello podía acabar en manos de la policía y, si no tenía cuidado, en los periódicos. Antes de que el médico lo señalara, añadí—: Mire, soy plenamente consciente de que el asunto es serio. Estamos todos muy afectados. Al margen de cualquier otra consideración, ha sido un susto espantoso. Me temo que no sé cómo se debe actuar en estas situaciones, pero si usted me dice en qué puedo ayudar... Cualquier cosa que necesite saber... —Me oí hacer un ruido muy poco convincente—. Por supuesto, haré cuanto esté en mi mano.

El doctor se sentó y empezó a darle vueltas y más vueltas al vaso, mirándome con expresión de cansancio y sin decir nada, así que continué:

—El señor Joyce le ha dicho esta mañana a Gloria que ella no iba a venir a Nueva York. Ella se disgustó mucho. Supongo que por eso se ha tomado el fenobarbital.

—¿Cómo sabe que se lo ha tomado?

Creo que eso fue el peor golpe de la noche.

—¡Tiene que habérselo tomado! Estaba sola... —Un escalofrío me recorrió la columna—. Supongo que no puedo saberlo.

Entonces el médico sonrió; era una sonrisa de tanta extenuación que le daba un aspecto incoherentemente patético.

—Oh, yo creo que ha sido voluntario. Me preguntaba por qué lo creía usted.

—Va a recuperarse, ¿verdad?

—Se recuperará. Ahora van a sacarle todo lo que ha tomado y después iré a echarle otro vistazo. La cuestión es, señor...

—Sullivan.

—... Sullivan, que la gente no hace este tipo de cosas sin tener, al menos desde su punto de vista, una buena razón. No obstante, como sabe, sea cual sea la razón, hacer algo así constituye un delito. ¿Existe alguna posibilidad de que se haya tomado esas pastillas por error?

—No lo sé. Podría ser, supongo... —Dejé esa posibilidad en el aire, pues no podía estar en otro sitio.

—¿Estaba muy apegada al señor Joyce?

—Bueno, creo que lo admiraba. Verá, siempre parece un jefe encantador y sofisticado, por el teatro y esas cosas, y por tanta publicidad... —Aproveché la ocasión—: Y ya que ha salido el tema, tal vez le parezca insensible, pero parte de mi trabajo es evitar que este tipo de cosas lleguen a la prensa. No es que haya ocurrido nunca nada similar, desde luego.

—Desde luego —concedió el doctor. Parecía casi un tanto divertido, pero sin mala intención—. ¿Quién la ha encontrado y cuándo?

—La señora Joyce. Unos cinco minutos antes de que le llamáramos a usted.

—Sobre las doce y veinte. ¿Y dónde la ha encontrado la señora Joyce?

—Arriba. Subía a su dormitorio porque las luces estaban encendidas y se la ha encontrado así.

—¿En la cama?

Por alguna estúpida razón, asentí.

—¿Y su familia? ¿Tienen el nombre y la dirección de algún pariente? Lo necesitarán en el hospital, esta noche, si es posible.

—Vive con una hermana. Voy a buscar sus señas.

Acababa de buscarlas cuando Emmanuel entró en la habitación. Fue directo a la mesita de las bebidas, se sirvió otro brandi y se lo bebió. Luego se giró hacia nosotros: le brillaban los ojos y mostraba un desenfado algo artificioso.

—Ponle otro trago al doctor Gordon, Jimmy. —Nos miraba con cordialidad, pero tenía un aire desafiante que conozco bien y que me hizo recelar—. Bueno, ¿por dónde vamos? ¿Has llegado ya a cuando hemos sacado a Gloria de la bañera?

Nos observó a los dos, se recreó sin duda alguna en nuestras reacciones, y con una voz monótona de manera intencionada añadió:

—Estoy seguro de que Jimmy no ha sido del todo claro con usted respecto a lo ocurrido, doctor. Cree que debe protegerme, hacer desaparecer al menos una de mis facetas. Hemos encontrado a esa joven en la bañera después de que se haya tomado todo el jerez y el fenobarbital que tenía a mano porque se creía

perdidamente enamorada de mí, y es muy posible que lo estuviera, y, tras haber mantenido con ella un idilio tan breve como insatisfactorio, iba a abandonarla. Yo no he estado, como comprenderá, enamorado de ella en ningún momento. A veces se dan estas discrepancias, sobre todo si uno es irresponsable y tiene pocos escrúpulos; tal vez sean inevitables, pero uno no se anticipa a ellas. La anticipación nos priva de la experiencia, y uno necesita experiencias de vez en cuando... Incluso aunque resulte repetitivo y sea solo para ir tirando.

Aquello ya me lo sabía. Esa forma de mostrarse categórico y pretencioso, de enseñar a cualquiera el otro lado de la moneda con una franqueza tan apabullante que hacía imposible ver nada más. La gente acababa odiándolo por todas las buenas razones que él mismo les había puesto en bandeja. Volvió a acercarse a las bebidas.

—Emmanuel —le advertí—, ya estás borracho y acabarás como una cuba si sigues. No tiene gracia, tómate un zumo de lima y deja de hablar un rato.

Se quedó allí de pie, donde lo había parado, y simuló un lento aplauso. El doctor, que al menos guardaba las apariencias, cosa que resultaba tranquilizadora, carraspeó y sugirió subir a visitar a la señora Joyce.

—Estará encantada de verle, seguro —repuso Emmanuel con cortesía.

Acompañé al médico al piso de arriba (estaba convencido de que, aunque se le pasara por la cabeza, Emmanuel no lo haría) y cuando bajé de nuevo este ya se había agenciado otra copa.

—Me pregunto de dónde sacas ese valor... —Subió la voz—. Esa lealtad... Jimmy, ¿por qué no me conocerías antes para decirme que dejara de...?

—¿De beber?

Hizo un vago gesto de impotencia con la mano.

—Antes de eso.

—No nací lo bastante pronto.

—Otra vez culpa mía. —Se inclinó hacia delante—. Jimmy, ¿nunca deseas tener tu propia vida?

—No —repuse—. Lo he pensado y no la quiero.

Se hizo un silencio hostil, traspasado solo por la voz de Lillian, que llegaba a intervalos del piso de arriba.

—¿Sabes qué edad tengo? —preguntó al fin Emmanuel.

—Sí —contesté—, sesenta y uno.

—Sesenta y dos. Sesenta y dos —repitió más calmado.

—Según tu documentación, no cumplirás los sesenta y dos hasta el 19 de septiembre.

Emmanuel se me quedó mirando.

—Soy como los siglos —dijo—. Me gusta ir por delante.

El médico bajó de nuevo y dijo que la señora Joyce estaba bien; le había dado un sedante y no tardaría en dormirse. Llamaría por la mañana, pero ahora se marchaba.

Cuando se fue, Emmanuel alzó la vista esperanzado y me dijo:

—Jimmy, vámonos por ahí a echar un trago. A un buen bar donde podamos olvidarnos de todo y donde todos estén borrachos menos nosotros.

—No puede ser —repliqué—; no en este país. Aquí no se puede beber en un bar toda la noche. Vamos a dormir un poco.

No hizo caso de lo que le decía.

—¿Por qué no quieres tener tu propia vida? Una vida privada. Eres lo bastante joven.

—Tengo la tuya —repuse sin acritud. Empezaba a dar la impresión de estar hecho de cristal o de papel.

—Era muy hermosa. Llevaba un vestido de algodón azul, viejo y descolorido en los hombros por el sol. Tenía el pelo

castaño, los brazos redondeados y la piel le olía a fruta. Estábamos tumbados en un valle entre colinas de creta, junto al mar, había amapolas ondeando en el aire, sobre nuestras cabezas, y el cielo azul se estremecía con el gorjeo de las alondras. Yo le hacía preguntas y ella me contestaba... Nunca me decía nada que no le hubiera preguntado. Me llenaba a reborar y jamás derramaba una sola gota. Tenía la sonrisa más perfecta que he visto en la vida. Fue un día maravilloso. —Levantó la cabeza de entre las manos y añadió—: Jimmy, ahora sí que necesito otra copa.

—Nos tomaremos una cada uno.

Me puse en pie para servir las y Emmanuel me preguntó:

—Ya te he contado todo esto antes, ¿verdad? Es una de esas cosas que te cuento.

—Sí, ya me lo has contado.

Lo curioso es que, en cierto sentido, no me lo había contado nunca. La sensación era la misma, pero el escenario siempre cambiaba; quizá incluso la chica. Conocía la versión en la que estaban en un *pub* —todo asientos de felpa y cristales esmerilados— y compartían patatas fritas un día de niebla. En otra ocasión fue en la imperial descubierta de un tranvía, bajo un cielo amenazador; él le había dejado su gabardina y el viento la despeinaba. No, supongo que no era una chica distinta, pero cada vez destacaba un detalle diferente de ella: los dedos al llevarse a la boca las patatas, los ojos mirando al cielo, el cuello antes de que se lo tapase el pelo. Una vez era una mañana de nieve en el zoo, y otra una tarde de septiembre remando en un lago, de los árboles caían hojas en el agua alrededor de ambos, sin hacer ruido, y tapaban su reflejo. Me imaginaba que era siempre la misma época de su vida y, cuanto más me lo contaba, más me convencía

de que era siempre el mismo momento. Se traslucía una alegría pura en su forma de recordarla y un dolor auténtico cuando llegaba al final. Si le hubiera preguntado su nombre, le habría puesto una decena, pero era siempre la misma y cada vez que me lo contaba añadía otro suceso a aquella única vivencia. En cualquier caso, solo hablaba de ello cuando estaba borracho y no creo que se lo contase a nadie más.

Cuando subíamos, dio un traspie en la escalera y se agarró a mi brazo para no caerse. Se quedó así un momento y luego dijo, demasiado alto:

—Había una vez un canalla, Joyce era su apellido, que al subir las escaleras hacía mucho ruido...

Se había puesto un poco blanco.

—No debemos despertar a Lillian —murmuré sin mucha esperanza, y Emmanuel asintió muy serio.

En el cuarto de baño, se me quedó mirando como si casi no lo conociera y me dijo:

—Jimmy, si quieres usar el baño, hazlo ahora, porque voy a tener que vomitar. —Luego me dirigió esa sonrisa nerviosa y azorada que suele reservar para las actrices de las que no se acuerda y añadió—: El corazón siempre se me baja al estómago.

Más tarde, cuando me aseguré de que por fin se había acostado, me dejé caer en mi propia cama, pero fui incapaz de relajarme. Ellos podían dormir, de una forma u otra; era yo el que se quedaba dando vueltas y más vueltas a las cuestiones prácticas, consolándome con aquello de que podría haber sido mucho peor. Pero, si lo pensaba demasiado, me paralizaba. ¿Y si alguien le había dado el fenobarbital? Emmanuel no; podía llegar a las manos en un arranque de ira, pero nunca envenenaría a nadie. Yo tampoco, solo quería una vida tranquila. Quedaba Lillian. A

ella le encantaba tomar pastillas; tal vez había pensado que el fenobarbital sería una muerte plácida y agradable para Gloria. Por supuesto, Lillian no había tenido nada que ver con aquello, pero yo estaba lo bastante cansado, lo bastante resentido y dispuesto a autocompadecerme —las estupideces habituales del que se pone a la defensiva— como para atribuir responsabilidades con una serenidad brutal. Era yo, después de todo, el que tendría que echarme a la espalda este fardo de problemas de Emmanuel; él solo tenía que sonreír, y Lillian podía quedarse tumbada, aquejada por la nostalgia y su válvula mitral...

2 Lillian

Me he despertado en tantas habitaciones distintas que ahora me concentro en el contorno de mi propio cuerpo antes de fijarme en lo que me rodea. Puedo despertarme de tres formas. Una, como si me sacasen de un agua profunda y mansa para arrojarme a una orilla pedregosa; encallo y me despierto con el choque, noto la luz del día áspera e incierta bajo los párpados y mis huesos acusan el dolor de años de naufragio. La segunda es cuando fondeo como un barco que amarra en la mañana con tanta delicadeza que ni el recuerdo de mi último sueño se desmorona; recaló en la realidad tan dócilmente que apenas puedo creer que haya llegado. Y hay una tercera forma, cuando muy despacio, de manera casi imperceptible, creo encontrarme tendida sobre una arena cálida, con el agua deslizándose bajo mi cuerpo y dejándolo abandonado a una deliciosa lasitud. Esta última es la mejor, pero ahora solo lo consigo con somníferos y no siempre me dejan tomarlos. Es el momento en que me entrego a mí misma, antes de haber hecho ningún movimiento en falso: cuando puedo imaginarme de verdad con ganas de desayunar y luego vistiéndome, estrenando unos zapatos sencillos pero bien confeccionados y un pañuelo de un color precioso que nunca me haya puesto; pasando la mañana con alguien más

joven que yo y que esté algo triste, que necesite que me muestre alegre y amable; compartiendo un emocionante almuerzo con una persona que acabe de conocer; yendo de compras por la tarde y buscando bonitas camisas para Em y alguna *cazadera* o cazadora o como se llame eso para Jimmy (le encanta la ropa deportiva y resistente, aunque jamás saldría a la calle si pudiera evitarlo); volviendo a casa a la carrera para dárselo todo mientras tomamos un primoroso té inglés; Em preguntándome sobre algún personaje de su obra —una que aún no ha empezado a escribir siquiera—, pero con una actitud tan tierna y misteriosa (igual que Jimmy) que sé que me tienen preparado algo maravilloso y, cuando ya no pueden aguantar más, van... no, Jimmy va a por ello y se lo da a Em para que él me lo dé a mí, una cesta de mimbre con un cachorro de labrador color arena, que es lo que más deseo y que Em nunca me ha dejado tener por la cuarentena y porque los perros le dan asma, pero ha cambiado de opinión y ha escogido ese pensando en mí...

He vuelto adonde parece que empecé; a la última vez que tuve un perrito, el día que cumplí catorce años, en Wilde, en 1925. Aquella fue mi última habitación de verdad y la recuerdo mejor si cierro los ojos. Recuerdo todo lo que ocurrió ese día, con sus rachas de felicidad y sus picos de emoción. Creo que es el único día que guardo en la memoria en el que no hubo nada que quiera olvidar ni haber olvidado. Era la primera vez que tenía un animal solo para mí; el último cumpleaños antes de caer enferma; la primera noche que me quedaba levantada para la cena (me puse medias de seda oscuras y las joyas que me regalaron por mi bautizo, arreglada como los mayores); el último otoño que pasamos en Wilde; un día de una belleza incesante que en aquel momento no supe que apreciaba,

pero ahora no puedo decir la palabra «otoño» sin recordarlo; fue la primera vez que pensé en el futuro, «por siempre jamás», «el resto de mi vida»; la última que acepté a mis padres como el cachorro me aceptaba a mí. Después de ese día, todo pareció precipitarse y venirse abajo y suceder demasiado deprisa, como si fuera corriendo sin aliento tras mi propia vida, desgañitándome por la necesidad de elegir —sin que nadie me oyese— en la frenética estela de los acontecimientos que volaban delante de mí; una larga carrera de papeleo: exámenes que no conseguía aprobar, recetas de medicamentos para detener un dolor que no podía describir, los certificados de defunción de mis padres —en el mismo barco, la primera vez en su vida que montaban en uno, y se ahogaron—, el inventario de libros y muebles, de cuadros, de la cristalería y la plata en la subasta de Wilde; una fotografía en una hoja de periódico tirada en el asiento de un vagón de tren: Em con un aspecto tan inteligente, desastrado y fascinante que, aunque alguien había envuelto un bocadillo con esa hoja, la cogí y recordé lo mal que se había hablado siempre en mi familia de los judíos...

Y, al casarme con él, papeles, papeles y más papeles. Entonces casi logré recuperar terreno en la persecución, parecía que iba a alcanzar algo, pero Em solo se detuvo un momento para admirarme y luego siguió volando. Yo tenía el corazón débil, no podía seguirle el ritmo, y jadeaba y renqueaba, siempre con ese vago mal humor por que él pudiese volar; para él, al menos, no había terreno accidentado. Avanzaba como un torrente, por encima y por delante de mí, esparciendo un nuevo reguero de papeles: obras, críticas, cartas, recortes de periódico, invitaciones, entradas y billetes —entradas para el teatro, billetes de barco, tren y avión—, «Yo me adelantaré en avión; tú ven

después cómodamente en barco». ¡Cómodamente! Me parecía estar siempre en mitad del océano, en la oscuridad, aislada. Aislada de la familia que me quedaba, que nunca aprobó mi matrimonio, pues la combinación en una sola persona de ser medio judío y artista excedía los límites de sus peores figuraciones (ellos se centraban con tanta desesperación en sus orígenes como yo en su destino); aislada de Em, hasta el punto de que me parecía ir conociéndolo solo por cauces indirectos: por la lectura de sus obras, por las personas con las que trabajaba y hacia las cuales se volvía como la repentina e irascible luz de un faro, por los periódicos que publicaban rumores e historias sobre sus actos más impulsivos y escandalosos y me alumbraban su carácter como una bengala. Y luego, durante dos años, Sarah, pero se me muere en medio de una agonía tan espantosa y funesta que quise matarla. Estuve sentada a su lado durante diecisiete horas, hasta que aquellos alaridos débiles y mecánicos se apagaron y su cabecita dejó de moverse. Entonces llegaron los telegramas. Odio, asesinato y temor de Dios. Quería que los hijos del médico acabasen como Sarah; quería que todo el mundo sufriera por ella, atarlos a su dolor, que no pudieron detener; quería marcarlos a fuego con la absurda e infame crueldad que había padecido mi pequeña, mi hermosa y querida Sarah. Les había implorado, llorando, que hiciesen algo, que acabasen con aquello, y, cuando no hicieron nada y todo acabó, intenté matar a una de las enfermeras. Al menos me abalancé sobre ella y deseé que muriese. Luego Em me alejó de allí durante casi un año. Viajábamos, pero él estaba siempre conmigo, demostrando tanta paciencia hacia mi amargura que al final el corazón, que parecía tan endurecido e insoportablemente pesado, se me abrió de golpe y dejó salir a borbotones un torrente de dolor: el

inmenso alivio, la fragilidad, el hundirme en una pena misericordiosa —la de que Sarah hubiese muerto— fue casi como morir desangrada. Y entonces Em empezó a hacerme transfusiones de amor; parecía verter toda su vida en mí, hacerlo todo para consolarme, darme hasta su último aliento de compasión. Al principio no podía hablar de ella, pero desde la mañana en que Em me cogió la cara entre sus manos y, por primera vez desde antes de que muriese nuestra hija, pude llorar y decir una y otra vez «Siento tanto que Sarah esté muerta; me da tanta pena que esté muerta», ya no pude parar. Y él la lloró conmigo y poco a poco lo convirtió en una tristeza natural —no monstruosa, sino humana—, hasta que me enseñó a vivir con su muerte. Me dijo que había sido una desgracia, que no había nadie a quien odiar ni perdonar por ello, que no estaba impregnada del terror y la inmundicia que siempre salpica estas cosas cuando hay responsables...

Estas son las cosas que se me pasan por la cabeza las mañanas que me despierto de la mejor forma, la tercera; todo ha pasado y terminado, pero en ello atesoro el recuerdo de una vida, una lejana gratitud por los detalles, por esa porfiada existencia que parece que he abandonado. Gracias a Em tuve a Sarah, gracias a Sarah tuve a Em, pero yo también formaba parte de ello ¡y deseo tanto formar parte de alguien!

La asistenta que venía todos los días y que me trajo el desayuno me dijo que el señor Joyce se había levantado tarde y que estaba terminando de tomarse un café y de repasar la correspondencia antes de entrar a verme. Para mí solo había una carta y es curioso que únicamente cuando la cogí recordé la terrible conmoción de ver a aquella mujer en la bañera la noche anterior...

Estimada señora Joyce:

Me pregunto si tendrá usted idea del sufrimiento que me ha causado durante las últimas semanas. Aunque imagino que estará tan absorta en sí misma que es difícil que se haya percatado siquiera de mi existencia (para cuando reciba la presente, ya habré dejado de existir). Todo este tiempo, el único que ha significado algo para mí, la he estado observando, preguntándome por qué se casó con usted, si alguna vez sentiría algo aparte de lástima por su debilidad, que no ha sido sino una carga y un peligro para él. Usted creía que yo era solo una secretaria más —ahora me doy cuenta de que habrá habido muchas otras—. Nunca se dio cuenta de que yo era distinta porque tenía sentimientos. Puede que no tenga sus orígenes, ni su presencia, pero en definitiva eso no cambia lo que una siente por dentro. Yo solo quería estar con él. Reconozco su lealtad hacia usted, jamás la abandonará por mucho que desee hacerlo, pero usted ni siquiera podía dejarme eso. Tiene que acaparar a esos dos hombres y ser tan mala madre como esposa, porque eso, una madre, es lo único que Jimmy quiere de usted. Habría soportado lo que fuera con tal de poder seguir al lado de él, pero de pronto, por alguna misteriosa razón, no voy a ir a Nueva York. Me despide como si no fuese nadie. Él jamás habría hecho una cosa así por voluntad propia, a mí no, de modo que en los momentos de cordura me resulta difícil no imaginarme quién ha decidido que debía quedarme atrás. Le advierto que tendrá que hacerlo demasiadas veces y, entonces, que Dios la ayude. Él debe tener a alguien a su lado, aunque al parecer no seré yo. Es curioso que la mayoría de la gente la compadezca por su pasado y yo solo pueda sentir un ápice de piedad por su futuro. Gracias a usted, yo no tengo ninguno, pero al menos he tenido un presente, que es más de lo que usted tendrá jamás.

Gloria Williams

Había algo en esas hojas de impecable mecanografía que las hacía más enojosas, algo sorprendente, ponzoñoso y maquinal: solo la firma estaba escrita a mano, con la letra inclinada y en tinta verde, como alguien a quien de pronto descubren con la ropa interior de un color poco apropiado. Aún seguía mirando la carta cuando llegó Em. Fue directo hacia la ventana y se quedó allí de pie, de espaldas a la luz, pero aun así me di cuenta de que tenía un aspecto horroroso y, de repente, me irritó que aquello le hubiese afectado tanto.

—¿Cómo te encuentras?